

ECOS DE MIS MONTAÑAS.

A TRUEBA.

¿Ves el disco del sol cómo baja poco á poco tras de las empinadas cimas que bordan la costa por el Norte?

Sus rayos lamen el puente, luego las casas de la ribera, despues el alto campanario de la iglesia de Nuestra Señora, despues... se pierden en el azul espacio.

Apoya tu brazo en el mío, Mari-Petra de mi corazón, y sigue conmigo por la carretera adelante. Llegaremos al caserío de Antonchu, el viejo Antonchu. ¡Cuántos años han pasado, Mari-Petra! Todos los días de fiesta venias con tu madre, y yo te esperaba ya en la huerta de Antonchu. ¡Cómo reía la pobre vieja cuando yo te apedreaba con las rojas cerezas desde lo alto del árbol!

—¡Anton! ¡Anton!,—decía en voz baja al viejo.—Mira que pareja tan encantadora hacen mis hijos! Porque Chomin será mi hijo, y buen hijo, no lo dudes, Anton.—

Y Anton sonreía y contestaba invariablemente:

—¡Dios se los conserve, señora Petra, Dios se los conserve, que harán un marido y una mujercita que dará gloria verlos!—

Y algo añadian que te hacía salir colores á la cara, colores más vivos que el de las cerezas que yo te arrojaba desde el bardal de la huerta.

Sigue, sigue por la carretera, Mari-Petra, y no te detenga el recuerdo de años que pasaron dejando una huella imborrable en nues-

tros corazones. La pobre vieja murió como una santa que era. Yo cerré sus ojos, que ni la misma muerte pudo empañar; siempre serenos, siempre tranquilos, parecían decir como si estuvieran vivos:

—Vamos, Chomin; vamos, Mari-Petra; ya pasa el tamborilero. ¡Qué demonche haceis ahí mirándoos como dos estátuas!

¡Pobre vieja! Todavía me acuerdo del viaje que hicimos al campo-santo. Tú no lo viste, Mari-Petra. Iba el señor cura, el maestro, el organista, Juan, Pacho, el del caserío de Artaza, ¡qué sé yo!; cien más, todos tristes, todos callados como la vieja.... ¡No llores, Mari-Petra, no llores! Mira, ya veo al viejo Antonchu podando en la huerta como hace diez años. ¿Ves? Aquellos cerezos son los mismos; están en el mismo sitio, pero no dan ya tantas cerezas; los veo mucho más rugosos que entónces: como nosotros, Mari-Petra; pero nosotros tenemos aquí dentro muchos recuerdos dulces y alguna memoria triste...

Sentémonos aquí, donde en otro tiempo descansaba la vieja. Es el mismo árbol, el mismo nogal de ancha copa, nido de miriadas de pajarillos. ¡Ah, Mari-Petra de mi alma! ¿Ves cómo en este mundo todo tiene compensacion? Esos pájaros no son los de hace diez años. ¿Dónde están aquellos? Murieron hace mucho tiempo entre la nieve de un Enero de quien nadie se acuerda; y nosotros aún nos sentamos aquí como entónces.

Oye, oye conmigo el rumor desconocido de una segunda Naturaleza que despierta cuando todo se entrega al descanso. La cigarra comienza su concierto nocturno; los gorriones vienen á bandadas. Míralos cómo revolotean al vernos debajo del árbol, como diciéndonos:

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué quereis aquí, en este nogal, que es nuestro lecho?—

Y luego vuelven más confiados, gritando:

—¡Pío, pío, pío! No temais, venid: son Chomin y Mari-Petra, que nos arrojan grano en las tardes del invierno....—

Y ya ves cómo de rama en rama van volviendo los alegres legionarios seguidos de sus crías.

Tu frente se serena, Mari-Petra; tus ojos reflejan la dulce quietud de este anochecer de verano en que todo se sonríe, en que nuestras almas se llenan de dulce melancolía....

Acércate, Mari-Petra, acércate más á mí, y reclinando tu hermosa cabeza en mi pecho, oye ese rumor que sube del fondo del valle, que

serpea por entre las ocultas veredas del monte y que está lleno de encanto y de poesía.

Son las carretas que vuelven á sus caseríos. Sus ruedas gimen, cantan, lloran, ríen; ya es un aullido prolongado, ya un quejido, ya una carcajada seca...

¿Ves, Mari-Petra mia? A través de la arboleda llega el rechinar de la carreta que vuelve al caserío de Lezameta. ¿Sabes lo que dice? ¡Habla de tu hijo, de nuestro niño! ¡Pobre criatura! ¡Llora, Mari-Petra, llora como yo, porque el gemido de esa carreta vasca parece el llanto del niño! Sí, mujercita de mi corazón, tú sientes lo mismo que siento yo en este pobre pecho; tú te acuerdas de aquellos ojos fijos, tristes, silenciosos; de su mirada, que te pedía algo; de aquel nudo horrible en aquella garganta tan pequeña y tan blanca... Y luego, Mari-Petra, el gemido; el eterno gemido del niño (el mismo gemido de esa carreta que va por el monte abajo), que llenaba el triste cuarto de novios, tan blanco siempre para nosotros, tan lúgubre al día siguiente...

Ya no gime la carreta, Mari-Petra; ahora parece que ríe, como ríe el que recuerda tiempos alegres y dichosos. Sí, no dudes, compañera mia; te habla de otros días llenos de luz y de vida, de tardes pasadas en ese caserío de Antonchu, bajo el emparrado, con tu madre y mi padre enfrente y los esplendentes cielos por testigos, de horas eternas de íntimos secretos, de esperanzas no cumplidas y proyectos fracasados. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde entónces, Mari-Petra! Oye bien; la carreta lo dice con su chirrido variable á cada momento, unas veces triste, otras alegre y jugueton, hasta que su extraña algarabía se pierde en la revuelta del monte.

Pero esos ecos de la montaña siguen vibrando en los zarzales y en los lentiscos, y flotan sobre las aguas del río como vapores difusos de una colección de cuadros disolventes.

Vamos, Mari-Petra; alza tu frente y mira al cielo, en el que navegan millones de mundos mayores que el nuestro. También en ellos hay dolores y alegrías; también allí tendrán algo que, resonando en las montañas, hablará al corazón y á la memoria. Allí, en aquella estrella, más brillante que todas, está nuestro niño que acaba de gemir como la carreta, y que nos abre sus bracitos sonrosados sentado en la falda de tu madre, mandándonos un beso á través del espacio, como una bendición de los cielos. ¡No ha muerto, no, Mari-Petra mia; está allí arriba, yo le veo como tú, y ambos le sentimos vivir con vida in-

extinguible en el fondo de nuestros corazones! Su memoria no puede morir, alma mía; sus risas alegres, sus pasos vacilantes y tímidos, su balbuceo encantador, todo ese mundo de recuerdos de ángel, lo llevamos nosotros aquí dentro y solo morirá con nosotros. ¿Ves cómo brilla la estrella? ¿Oyes otra vez la carreta? Ahora no gime; ríe, y es la misma risa del niño que nos acompaña y nos sigue; es su voz fresca y vibrante como un chorro de oro sobre un suelo de cristal...

CHOMIN ALGORTA.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS Y LITERARIAS.

Se ha publicado recientemente en Madrid, con un extenso prólogo del Sr. Ortí y Lara, una profunda y erudita obra, titulada *La moral independiente y los principios del derecho nuevo*, debida á nuestro distinguido paisano el R. P. Venancio María de Minteguiaga, miembro ilustrado de la preclara Compañía de Jesús.

Trátase en ella de los principios del derecho natural y de los errores que á través de los siglos han venido desfigurándolos, con aquel discernimiento científico y aquella erudicion que se admira en los verdaderos maestros.

Terminaremos estas breves líneas, recomendando esta importante obra á los aficionados á estudios de esta índole, y enviando á su sabio autor nuestra humilde pero cordial felicitacion.



Hemos recibido un ejemplar de la *Ethologia de Blanes*, de D. Joseph Cortils y Vieta, obra curiosa publicada por la *Associació d'excursions catalana*, y que es de sumo interés para el estudio del *Folk-Lore* catalán.
